

PENSAMIENTO ALCAZAREÑO

Contribución al conocimiento de mi pueblo

HECHOS Y PERSONAS

Mucha atención se ha dedicado desde el principio de esta obra a los religiosos de la Villa, pero es más la que merecen, porque ellos y su espíritu formaron la trama del vivir alcazareño que heredamos forzosamente. No se les ha escatimado tampoco a los médicos, pero los religiosos se llevan la palma, porque aún tratándose de carreras de pobres, las más al alcance de la necesidad, la de ellos tiene un pasado heroico ennoblecedor y la de éstos sólo un inmediato evolutivo.

En el principio, a partir de la repoblación, no hay casa grande sin su clérigo propio, cuando no varios y aunque seglares todos vivían revestidos de sayal, con la daga al cinto y la lanza al pie de la cabalgadura y toda la grandeza estaba vinculada a su servicio, como primer deber y principal recurso.

A lo largo del tiempo y todavía en los residuos que restan, cuando hay necesidad de ayudar a cualquier descendiente o servidor, se le manda al noviciado de frailes o al seminario secular, recurso mejor o solución más inmediata. Y el religioso queda más o menos vinculado a la casa.

Para sentar nuestra historia en bases sólidas es de necesidad entrañar nuestra vida desde ese principio de las luchas de la reconquista, cuando no se sabe si es que había muchos religiosos o que el espíritu religioso, imbuído a los luchadores en pugna de la Cruz y de

la media Luna, hacía que todos lo fueran, si los conventos estaban tan concurridos por devoción y temor y se salía de ellos a luchar en defensa propia o es que en realidad estaban sujetos a la disciplina castrense como cuarteles, por cuanto la presencia de los frailes y de los curas en la avanzada del combate era decisiva, enarbolando el Crucifijo delante de las tropas, aunque a primera vista parezca que no debía ser la batalla el puesto del sacerdote.

Esta acción conjunta de la Cruz y de la Espada quedó redondeada con la creación de las órdenes militares o milicias religiosas, cuya eficacia fue intuida por Alfonso el Batallador, que eligió a los mejores de sus acompañantes y los organizó en comunidades dándoles una regla, cuando iba llegando a España la fama de las órdenes creadas en Jerusalén: los Caballeros del Santo Sepulcro, los Hospitalarios de San Juan y los Templarios.

Al morir Alfonso VII, los Templarios, que asumían la defensa de Calatrava, cedieron la villa a Sancho III de Castilla, por temor a no poder defenderla y Sancho III, considerándolo una carga embarazosa, hizo saber que si algún caballero quería encargarse de defender Calatrava, se la cedería con todas sus prerrogativas y dependencias. No presentándose nadie a recoger la herencia de los Templarios, se ofrecieron para defenderla el Abad del